

TEMAS FRANCISCANOS



523/317(6)

Discursos en el acto de clausura de la Asamblea Terciaria Franciscana de Tudela

10 - V - 1945



R. 55550

Con Licencias Eclesiasticas

Cuatro discursos

SUMARIO

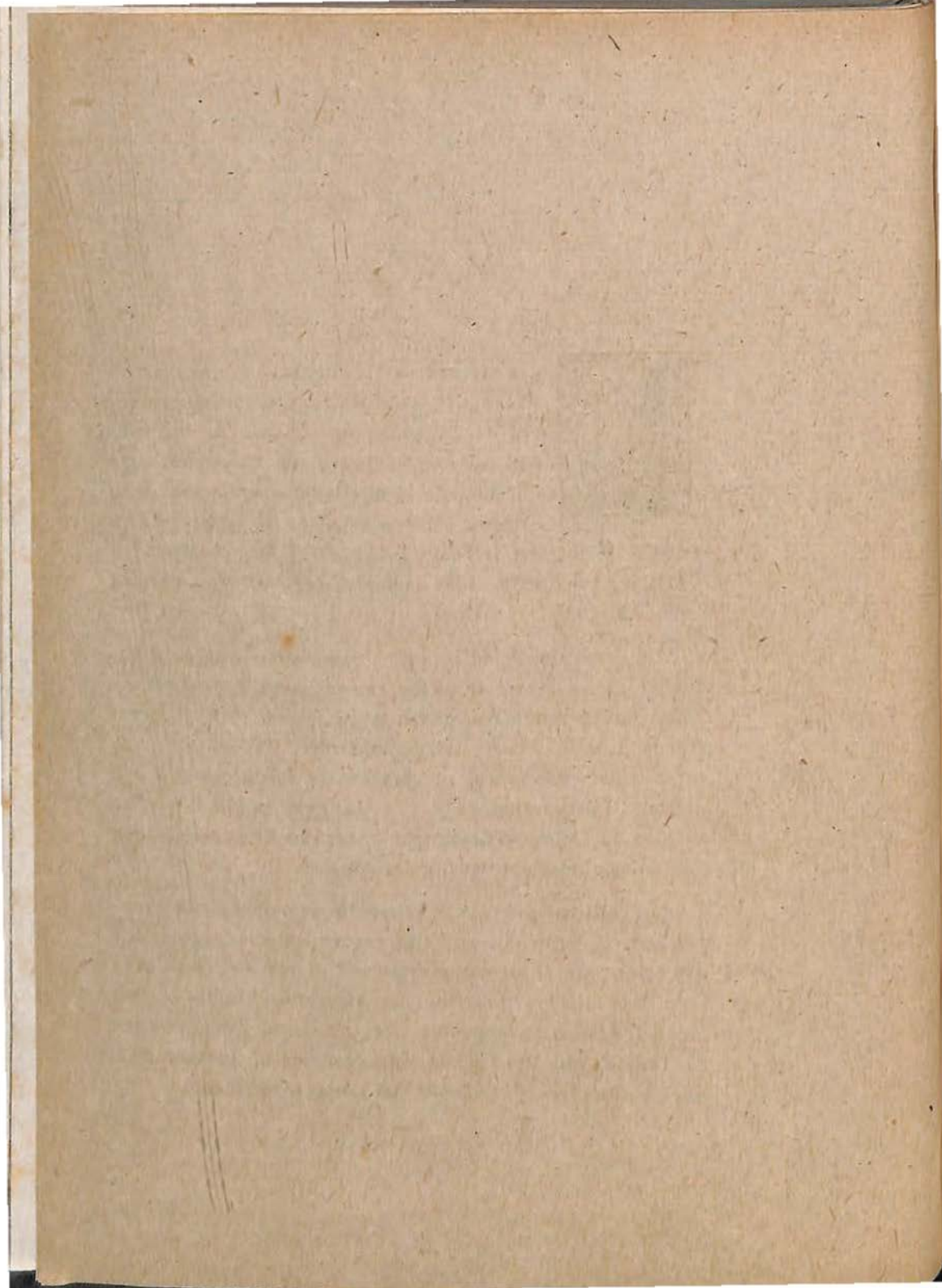
	<u>Páginas</u>
Prólogo	7
1. La Orden Tercera y la familia	11
2. Secreto de la eficacia espiritual de la Tercera Orden Franciscana	15
3. San Francisco y la Paz Social	21
4. Camino franciscano para llegar a las Almas	31



A actividad de un Padre Capuchino, el Padre Leonardo de Iroz, Guardián entonces de Tudela, junto con la de los frailecicos que tenía en su Convento—otra Porciúncula—, hizo que nuevamente en la ardiente Ribera retoñase el espíritu Franciscano y que los Hermanos Terciarios de esa Merindad Navarra, celebraran una Asamblea en la Ciudad que fué Sede Episcopal.

Los días fueron de fervor y entusiasmo que culminaron el 10 de Mayo de 1945, en que con Asistencia de Autoridades religiosas, civiles y militares, el R. P. Serafin de Tolosa, Provincial de la Orden Capuchina, y de otras representaciones, se clausuró la Asamblea con una solemne fiesta religiosa y con un acto público que se celebró en el Teatro Gaztambide, repleto de gentes, y que fué transmitido por Radio Zaragoza.

Este folleto quiere ser recuerdo de aquel Día Franciscano, magnífico, y por ello recoge en sus páginas los discursos que se pronunciaron, a los que sirven de prólogo las mismas palabras del Hermano Terciario don Manuel Abascal, Abogado y Secretario del Ayuntamiento de Tudela, que fueron de agradecimiento, presentación de los oradores y preludeo del tema franciscano.



P R O L O G O



OCAS palabras. Sólo las precisas para hacer presente, a cuantos os habéis congregado en esta sala, el agradecimiento sincero de la Junta Directiva de la V. O. T. de Tudela, y para presentaros a los oradores.

Gracias en primer lugar a las dignísimas autoridades eclesiásticas, civiles y militares que nos han honrado con su presencia y gracias a todos vosotros, franciscanos y simpatizantes, por el afecto y el cariño que habéis demostrado en todo momento a esta Comunidad Terciaria de Tudela y de una manera especial en el período preparatorio de este acto, pues como me decía hace unos días el Reverendo Padre Guardián, alma organizadora de este acto, en cuantas ocasiones se ha puesto en contacto con vosotros ha encontrado siempre un cariño y un calor de verdadera hermandad franciscana.

Para muchos de vosotros, veteranos de la Orden Tercera, os es innecesaria la presentación de los oradores:

El Sr. Basterrechea, está desde su infancia consagrado a las actividades de la Orden y hoy día, Secretario de la V. O. T. de Bilbao, no limita el campo de su acción a los horizontes vizcaínos, sino que acude presuroso, cuando se le llama, como ahora, para hacer el bien con el don de su palabra.

El Padre Gumersindo de Estella, es el religioso capuchino tantas veces admirado por nosotros por sus dotes poco comunes de ciencia y virtud.

Don Miguel Sancho Izquierdo, Rector Magnífico de la Universidad de Zaragoza, es familiar para todo franciscano, pues no hay

Asamblea de más o menos rango, donde su nombre no figure requerido por la obediencia.

Maestro mío durante dos años en la Universidad de Zaragoza y maestro en cuantas ocasiones he tenido la suerte de escuchar su palabra, nos ilustrará hoy sobre un tema de tan vivo interés como el de la Paz y la Orden Tercera.

A José Angel Zubiaur lo hemos escuchado en esta comarca en numerosas ocasiones con otros motivos y ya conocéis por tanto su extraordinarias dotes oratorias.

Todos os van a hablar del franciscanismo en diversos aspectos; tema de actualidad palpitante, no de algo lejano acaecido allá en el Siglo XIII, sino doctrina de aplicación actual a nuestra Sociedad, a nuestro Siglo XX con el que tanto se asemeja aquella época.

Es cierto que en el Siglo XIII existe la fuerza moral unificadora de la Iglesia, pero existen, entonces como hoy, los elementos político-sociales más disociadores: falta entonces la uniformidad romana y no han surgido todavía las nacionalidades en que se ha asentado y se asienta aún el Gobierno de los pueblos; coexisten monarquías absolutas y repúblicas aristocráticas con feudalismo y demagogias municipales e influyendo sin duda este desorden en el espíritu de los hombres, éstos se muestran inquietos, todos agobiados, todos en recíproca e incesante lucha, de tal modo que la fuerza y la venganza imperan como señoras indiscutibles de aquella Sociedad. El siervo se halla a merced de un arrebató de ira del poderoso, el mercader o el viajero están expuestos de continuo al asalto de la rapacidad de algún señor o jefe de cuadrilla, que lo someterá a tortura hasta que suelte su oro, para rescatar su sangre; los mismos caballeros cruzados participan del desequilibrio reinante y con frecuencia, ellos, los caballeros de la fraternidad, contagiados del hechizo de Oriente traen para su servicio esclavo oriental, servil y sumiso como ninguno.

Y en este clima, en este ambiente, impera un ansia común, un presentimiento unánime de que algo extraordinario iba a ocurrir que salvara a aquella Sociedad desquiciada, y en efecto, ese algo se produce y aparece San Francisco de Asís, dominando a su tiempo, como la flecha, como la aguja más aérea y esbelta del estilo ojival que entonces se creara, señalando una norma: Cristo. Y haciendo de sus consejos Ley, salva a los hombres, espiritualiza a la Sociedad y nos señala el camino a seguir a los siglos venideros.

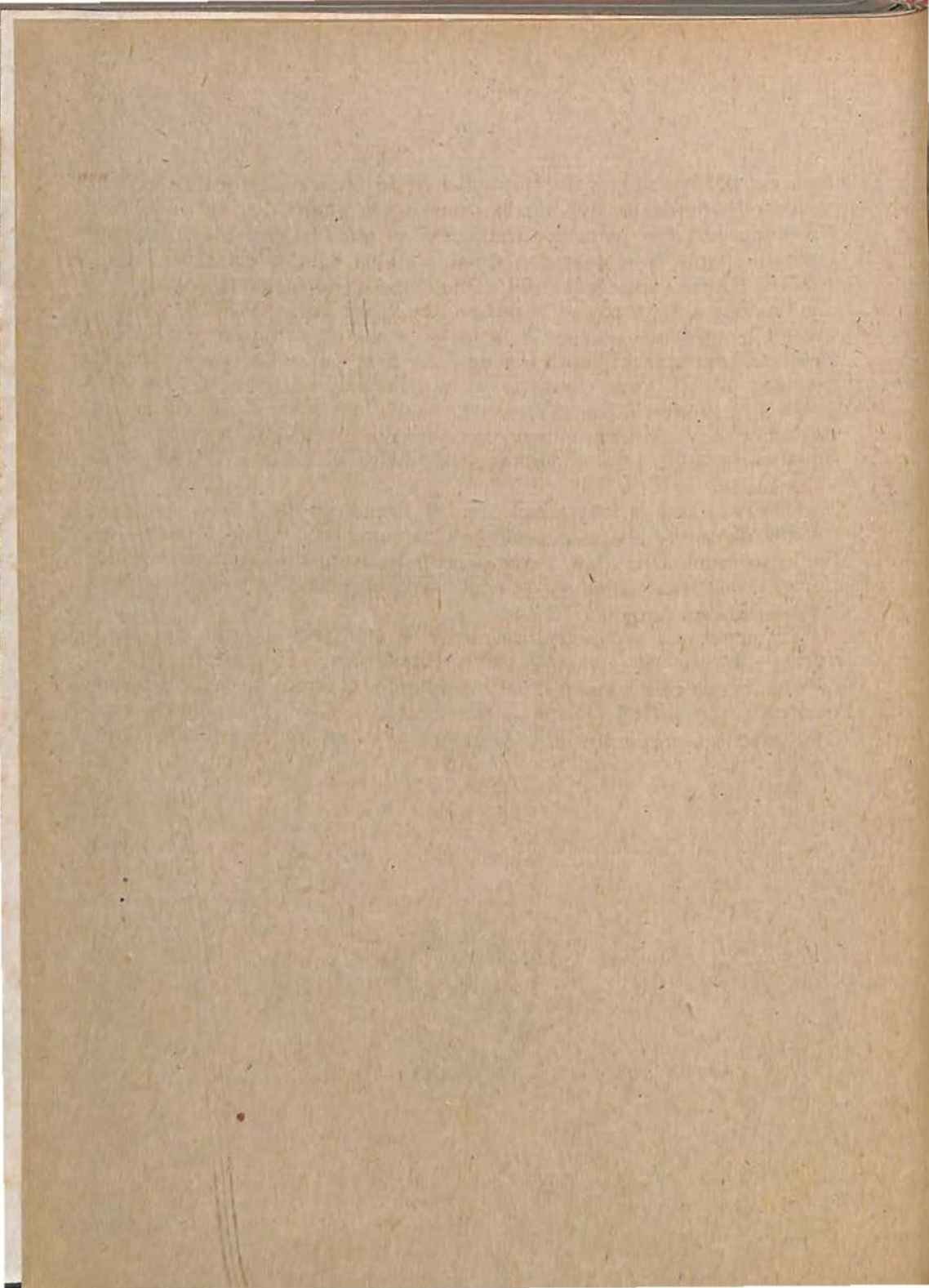
¡Qué semejanza más extraordinaria, señoras y señores, ofrece aquél cuadro con los tiempos que vivimos! Hoy también son la venganza, la violencia y el odio los que dominan a los hombres. No será hoy no el señor feudal quien esclavice a los hombres, pero vemos la fuerza despótica de los Estados modernos invadiendo los sagrados

recintos del individuo, de la familia y de otras entidades naturales, usurpando derechos que no le pertenecen, abusando de su poder. No serán hoy los begardos, fraticelos y otros heresiarcas quienes atenten contra la majestad inviolable de la Iglesia de Cristo, pero son las herejías modernas del comunismo y del nacional-socialismo, condenadas ambas por el Pontífice Pío XI en Mayo de 1937, las que atentan contra la esencia de la fé y la moral católicas, o son las heréticas doctrinas liberales aceptadas hoy en tantos Estados, condenadas por el Sumo Pontífice hace ya cincuenta años, las que amparan y difunden ideas disolventes de las bases cristianas de la Sociedad, y hoy como entonces, sentimos un ansia, una necesidad de que ocurra algo que remedie estos males y salve a la Sociedad amenazada.

No será hoy la figura corpórea de Francisco de Asís la que surgiendo de su tumba nos señale el camino, pero si no tenemos al Santo tenemos a su obra, tenemos al franciscanismo, que contrastado por el transcurso de los siglos nos señala el mismo camino, la misma norma que su fundador: Cristo.

Y nosotros, españoles, navarros y franciscanos, no debemos desesperar por la salvación de la Humanidad, porque tenemos a España, como reserva espiritual del Mundo, tenemos a Navarra como reserva espiritual de España, y tenemos a la V. O. T. dispuesta hoy como siempre a cumplir en todo momento su misión espiritualizadora.





La Orden Tercera y la familia

Resumen del discurso pronunciado por
D. Manuel Basterrechea, Secretario de la
V. O. T. de Bilbao.



OMENZO el ilustre conferenciante con el franciscano saludo PAZ Y BIEN, traído de Bilbao y en nombre de los Terciarios de aquella floreciente Hermandad. Reprobó los «principios anticristianos servidos en bandejas de derechos individuales y sociales con los agradables manjares de expansiones sin límites».

No soy pesimista; no voy a pintaros cuadros tristes. Cada uno lo ve en su derredor. Nosotros debemos ser los primeros en oponer un criterio cristiano firme y decidido, condenando con nuestra conducta lo que llaman amor libre, matrimonio civil, celibato de libertinaje, divorcio, feminismo, todo lo cual no es sino ariete que mina y destruye los fundamentos de la familia y de la sociedad.

Es la familia una sociedad o reunión de varios individuos que procuran un bien común.

Mas al cohabitar los miembros de ellas (padres, hijos y criados), bajo un mismo techo, resulta que el hogar doméstico no importa solamente, como en toda sociedad humana, algún vínculo de unión para alcanzar un fin común, sino que se requiere la convivencia de sus miembros.

Es la familia una sociedad natural completamente distinta del estado que es la agrupación de familias (no la de individuos como lo pintan los defensores del Estado inorgánico).

Es una sociedad natural que existe antes del Estado y por encima de toda concesión del Estado. Fijémonos en esto que hago resaltar para salir frente a los que con la idea del Estado quieren extraer

al niño de la familia y darle la instrucción que les apetezca. Es la familia distinta del Estado por su origen (anterior al Estado, sin el cual aunque imperfectamente puede subsistir) por su objeto (cumplimiento ordinario de las tareas cotidianas en la familia, y pacífica coexistencia y bienestar de las familias en el Estado), y por su poder (autoridad que en la familia la naturaleza se la designa al padre y en el Estado es libre de personas y formas de gobierno). Debe, pues, la familia, la sociedad familiar, procurar la ayuda recíproca de sus miembros para lo que pudiéramos llamar secundario o material como es el alimento, vestido, habitación, etc. y sobre todo y principalmente lo que es blanco definitivo de la familia: la educación. La educación, esto es, el desarrollo gradual y armónico de la actividad física de los hijos a fin de prepararlos para una vida feliz, para una felicidad eterna y futura a la que debe estar ordenada la vida presente según nos enseñan la fé y la razón. La Educación, resumiendo, es de la sola incumbencia de las familias, de los padres, aun cuando el Estado tenga la obligación de poner a su disposición medios a su consecución; pero nunca, nunca derecho a arrancar los miembros del hogar para formarlos en el nefasto molde intelectual ateo.

La familia, como decía al principio, se compone de padres, hijos y criados; luego comienza por los padres; es decir, por el matrimonio.

En cuanto a las leyes referentes a la celebración del matrimonio, competen a la Iglesia en su administración y promulgación, como le corresponden respecto a los demás Sacramentos instituidos por Jesucristo para la salvación del hombre y confiados a Ella, representada en los Apóstoles, por el mismo Cristo.

La revolución francesa consideró al matrimonio como un puro contrato civil; semejante a un contrato cualquiera de compra-venta; matrimonio ateo carente de fidelidad a toda prueba, de amor, de trabajo, de compasión recíproca, de economía, de sumisión de los hijos, de sacrificio de los padres y ley infame que trajo consigo el establecer impedimentos a azar y convertir en concubinato el matrimonio, llegando a establecer el divorcio.

El divorcio propiamente dicho se divide en relativo y absoluto; relativo es aquel que la ley concede por excepción; absoluto es aquel en que basta la voluntad de los esposos y aún la de uno de ellos; este divorcio confundible con la promiscuidad de los sexos o sea consagrado la unión de los brutos, es inadmisibile.

El conferenciante condena con frases enérgicas el divorcio proclamado por algunos escritores de la escuela de Emilio Zola.

Pasa luego a hablar acerca del *feminismo*:

«El feminismo o emancipación de la mujer tiene razón de existir en el Cristianismo, el cual vino a dulcificar por medios razonables

la autoridad del hombre sobre la mujer, haciéndola su compañera y reina del hogar. Reina del hogar ese es el feminismo de la mujer y toda su intervención debe dirigirse a la defensa de los derechos y obligaciones suyas del santo hogar. Lo decía Benedicto XV «La mujer es la reina del hogar y aun cuando de él se aparte hacia él debe dirigir su actuación; no solamente sus afectos de madre, sino también su actuación de Directora; del mismo modo que un rey, aun alejado de sus territorios, tiene presente la felicidad de sus súbditos y la antepone a su propia felicidad».

La campaña por la recristianización de la familia es obligatoria para nosotros, hijos de San Francisco, ya que somos el ejército católico de vanguardia. No olvidemos que somos hijos del Santo de Asís, nombrado por el Papa Pío XI Patrono de Acción Católica, de aquel santo que según frases del mismo Papa, fué «hombre elegido por Dios para reformar el siglo y también la sociedad cristiana de todos los tiempos». Que somos hijos de aquel Poverello que encontró en la Edad Media un ambiente de odios, de luchas, de hombres esclavos de las cosas temporales, de hombres que amaban con frenesí los honores, las riquezas, el lujo y los placeres, y lo transformó completamente con la predicación y la práctica del amor. Con el amor de Cristo que voceó y pregonó por todas partes, incendiando a las muchedumbres en el volcán de su amor inmenso.

Y esta virtud renovadora llegó a la familia. Y surgieron las Ordenes Terceras recristianizadoras del hogar en el que inyectaron el espíritu del Divino Maestro. La familia, merced a la Orden de Penitencia, respiró las puras auras cristianas y bajo esa atmósfera bienhechora floreció la virginidad en los hijos y en las hijas. La familia, con la influencia franciscana, se unificó, desterrando la autonomía de sus miembros, se vigorizó merced a la austeridad y modestia en todas sus manifestaciones y quedó saturada de una auténtica piedad cristiana por la práctica de la Ley divina, la frecuente recepción del Cuerpo de Cristo, y la moderación en las diversiones y esparcimientos.

Francisco de Asís fué el gran renovador de la familia en la Edad Media y siglos posteriores y el gran popularizador de esta restauración cristiana del hogar por medio de la Venerable Orden Tercera.

Así dirían luego León XIII. «Mi reforma social es la Orden Tercera»; y Pío X. «Hacer buenos terciarios es hacer perfectos cristianos»; y Benedicto XVI «Creemos fundadamente que el espíritu de la Tercera Orden que está exhalando el perfume suavísimo del Evangelio puede contribuir muchísimo a la reforma de las costumbres privadas y públicas con tal que ese espíritu se difunda tan puro como en el

tiempo que San Francisco predicaba en todas las partes con el ejemplo y de viva voz el reino de Dios».

Esto es; que nosotros los terciarios hemos de ser los restauradores de la vida familiar cristiana, con el cumplimiento en nuestros hogares de cuanto ordena el artículo VIII del capítulo II de la Regla, con la imitación de cuanto nos enseñaron nuestros Patronos San Luis y Santa Isabel y tantos Santos de nuestra Orden que todos conocemos, firmes en la fé como nos dice la Epístola de hoy.

Y después con ayuda de nuestro Seráfico Padre e impregnados del apostolado que nos legara San Francisco de Asís a la busca de la oveja perdida de que nos habla el Evangelio de hoy, a la conquista de los hogares próximos que será la cristianización de nuestros pueblos, que será la revolución cristiana a la que hemos sido llamados al vestir este santo escapulario y este seráfico cordón, que será el reinado en el mundo de nuestro lema o saludo: Paz y Bien.



Secreto de la eficacia espiritual de la Tercera Orden Franciscana

Resumen del discurso pronunciado por
el R. P. Gumersindo de Estella, O. M. C.



EPARAREIS que aunque parezca inverosímil y paradójico, es cierto que existe entre personas seglares de todo el mundo una Institución antiquísima, medioeval, fundada por un hombre del pueblo, que primero fué un comerciante de oscura fama y después vistió un hábito monacal y vivió en la mayor pobreza.

Es caso sorprendente, aleccionador, que debe llamar la atención de los pensadores.

¿Semejante Institución posee hoy algún grado de eficacia práctica? Si la posee, ¿de qué manantial maravilloso saca su poder?

Eficacia supone fuerza. Pero existen dos clases de fuerzas; la fuerza de la materia, y la fuerza del espíritu.

La civilización demasiado primitiva y ruda duró muchos siglos. Durante miles de años se rindió culto a la fuerza material. Los pueblos de épocas remotas eran materialistas, sensuales, levantiscos, incluso el pueblo hebreo, de quien dice el texto bíblico que era de dura cerviz. Todos eran «*pugnatores ad bella promptissimi*», guerreros por esencia.

Y Dios los trataba como merecían, valiéndose de la fuerza de la materia, de la furia de los elementos.

Con el advenimiento del Cristianismo, Dios cambió de táctica. Abandonó el empleo de la fuerza material. Nunca la utilizó Jesucristo. Por el contrario, impuso la fuerza del espíritu. ¿Fue comprendido

por la Humanidad? El Apóstol San Juan contesta que no. Jesucristo llamó a sus Apóstoles «corderos» y a los demás hombres calificó de «lobos».

A pesar del Cristianismo y de la Ley suave de Jesucristo, los reyes no suavizaron sus costumbres. Los escritores eclesiásticos eran muchos de ellos duros de intemperantes en el lenguaje.

Los monjes y clérigos echaban mano de la coacción con alguna frecuencia en su apostolado; y su conducta no era ajustada al ideal que habían profesado, como lo lamentaba San Bernardo en el Siglo XII. Y aun aquéllos que hacían generosos esfuerzos para alcanzar la perfección evangélica, carecían de criterio seguro. No eran pocos los que hacían de la virtud una cuestión más del cuerpo que del alma. Estribaba en austeridades con las que emprendían camino áspero, ingrato, rehusando los consuelos más legítimos y aconsejando que no nos acordemos de la misericordia de Dios sino cuando nos veamos tentados de desesperación. Parecía que muchos ascetas no trataban sino con el Dios de las venganzas, con el que ruge en las alturas de Sión, con el Dios de los judíos. Y el terror paralizaba su fuerza espiritual.

Era una equivocación. Era necesaria una táctica nueva. Mas ¿quién la enseñará?

Afortunadamente apareció el gran Maestro: Francisco de Asís.

El procedimiento más delicado y suave para captar y asimilar el espíritu de Jesucristo apareció en la humilde capilla de la Porciúncula de Asís.

San Francisco de Asís conoció bien a Jesucristo porque oyó su voz en el Crucifijo de la iglesia de San Damián, en la Porciúncula, en el bosque, como le oyó San Pablo en el camino de Damasco. Y profundamente enamorado, sin paciencia para esperar, desdeñando los preámbulos convencionalistas de la vía purgativa e iluminativa, se lanzó a los brazos y al pecho de Jesús, su Dios, con la avidez e ímpetu con que se lanza un niño hambriento al pecho de su madre.

Y allí, en el recinto sagrado del Divino Esposo de las almas, oyó las endechas del amor más hermoso que se conoció ni se sintió; canto sublime que excitó en el corazón del Poverello de Asís las más dulces vibraciones, con las que hubo de contentar: ¿Tú amor apareció pobre de cosas terrenas? Tampoco las quiero yo, ni siquiera el calzado. ¿Tú amor vive de sacrificio? ¡Yo también quiero sufrir! ¿Tú amor rehusa los halagos pasionales? ¡Yo quiero embalsamar mi sed con esa pureza divina!

El Santo de Asís en medio de los mayores renunciamentos sentía deleites en el alma, y dulcedumbre en el cuerpo, como él decía.

Y veíasele siempre alegre, optimista, comunicativo. Fué Francisco de Asís el primero que convirtió la penitencia en poesía.

Otros ascetas preconizaban: por la cruz, a la luz. San Francisco adoptó la práctica contraria: Por la luz a la cruz. ¿No descendió Jesús de la luz para venir a la cruz? Pues eso era lo más lógico para nuestro Santo.

Ya está consagrado el nuevo Programa de perfección cristiana. Ya queda roto el molde antiguo.

En esto estriba la eficacia espiritual de la Escuela Franciscana. De toda la Escuela, es decir, de las tres Ordenes fundadas por San Francisco.

A nadie podrá parecer extraña esta afirmación; porque el amor es arma poderosa, invencible e invicta, y siempre opera las más hondas transformaciones.

Aquí el conferenciante entonó un poema al amor, de gran exaltación sentimental. Y continuó luego examinando las nuevas modalidades que distinguen a los Santos Franciscanos y a los escritores y Doctores de la Escuela Franciscana, pasando después a examinar la fuerza espiritual de la Tercera Orden, derivada de ese amor. Y después de comparar al Fundador Seráfico de la Tercera Orden con el Ángel del Apocalipsis, cuál serafín que irguiéndose ante el mundo, levantara su brazo hacia los espacios y robara un pedazo de Cielo, repartiéndolo entre los hombres, provocando el movimiento popular más universal que registre la Historia, continuó:

Se conserva recuerdo del primer seglar que abrazó el Programa del Amor del Poverello de Asís: Luquesio de Pogibanzi, casado con Bonadona, del Valle de Elsa, no lejos de Florencia. Era un comerciante egoísta y avaro. San Francisco que ya lo conocía, operó un cambio en su corazón. Le dió un hábito y una norma de vida. Desde entonces consagró Luquesio todo su tiempo libre a obras de piedad y de caridad. Albergaba peregrinos, cuidaba enfermos en el hospital, protegía a huérfanos y viudas pobres. Su mujer reprochábale aquella conducta como un peligro para los intereses de casa. Luquesio sufría en silencio. Un prodigio obrado por el Cielo a favor de éste, cambió el carácter de Bonadona, la cual pidió muy pronto el hábito y regla adaptados por su paciente esposo.

Casos semejantes a éste se multiplicaron. Visiblemente iba recristianizándose la familia, tan necesitada por los prestigios que merece como institución divina.

El Programa del Enamorado de Asís penetró en todas las clases de la sociedad. Subió a los tronos y trocó la frivolidad en piedad; los rigores de la justicia, en clemencia; la petulancia, en penitencia.

Los Terciarios aprendieron a sufrir con alegría porque aprendieron a amar.

Contar los santos que la Tercera Orden ha dado y está dando a la Iglesia, no es tarea fácil. Tendremos que usar la expresión del Apocalipsis: «Los ví; y eran innumerables...»

El Terciario auténtico es magnánimo, desinteresado, generoso. Y como dijo Mons Manestes, prestigioso Prelado francés, no ha mucho, es un valiente.

¿Son necesarias otras cualidades para el apostolado seglar? Pues en los Terciarios hallará la Iglesia sus mejores auxiliares: Citó el Conferenciante algunos casos concretos, con que demostró esta afirmación.

Véase uno: En septiembre de 1227, el Papa Gregorio IX hubo de lanzar pena de excomunión contra el emperador Alemán Federico segundo que quería encerrar a Roma en un círculo de hierro. No había correo que osara llevar el documento pontificio a las diversas Diócesis, porque el país estaba infestado de espías del tirano. Los Terciarios se prestaron espontáneamente a labor tan arriesgada. Por veredas extraviadas, salvando montañas y vadeando ríos viajaron no pocos de ellos con gran peligro, e hicieron llegar a manos de los Obispos las copias auténticas de la Bulá Pontificia.

«La Tercera Orden Franciscana está maravillosamente organizada para la formación de propagandistas que necesitamos», ha dicho Mons Franzi, Obispo de Lausana.

No hace muchos años, un ministro del Gobierno francés dijo en un discurso estas notables palabras: «Con unas gotas de sangre Franciscana y con menos sangre de hombres egoístas, habría en Francia cristianos de verdad y gobernantes de acierto».

Y un político español de nuestros días hubo de confesar: «Quien no haya de gobernar por amor, no nos sirve. Hace falta en el gobierno un Bismark injerto de San Francisco de Asís, que tenga más de San Francisco que de Bismark».

El P. Gumersindo en prueba de estas afirmaciones hace la semeblanza del gran Canciller de Inglaterra Tomás Moro y del célebre D. Gabriel García Moreno, el cual siendo Presidente de la República del Ecuador ayudaba la Santa Misa diariamente y gobernaba por amor. Y al referirse cómo cayó bajo el puñal traidor de la Masonería, exclamó el conferenciante: ¡Así mueren los Terciarios cuando es necesario morir!... ¡Así es la sangre Franciscana!...

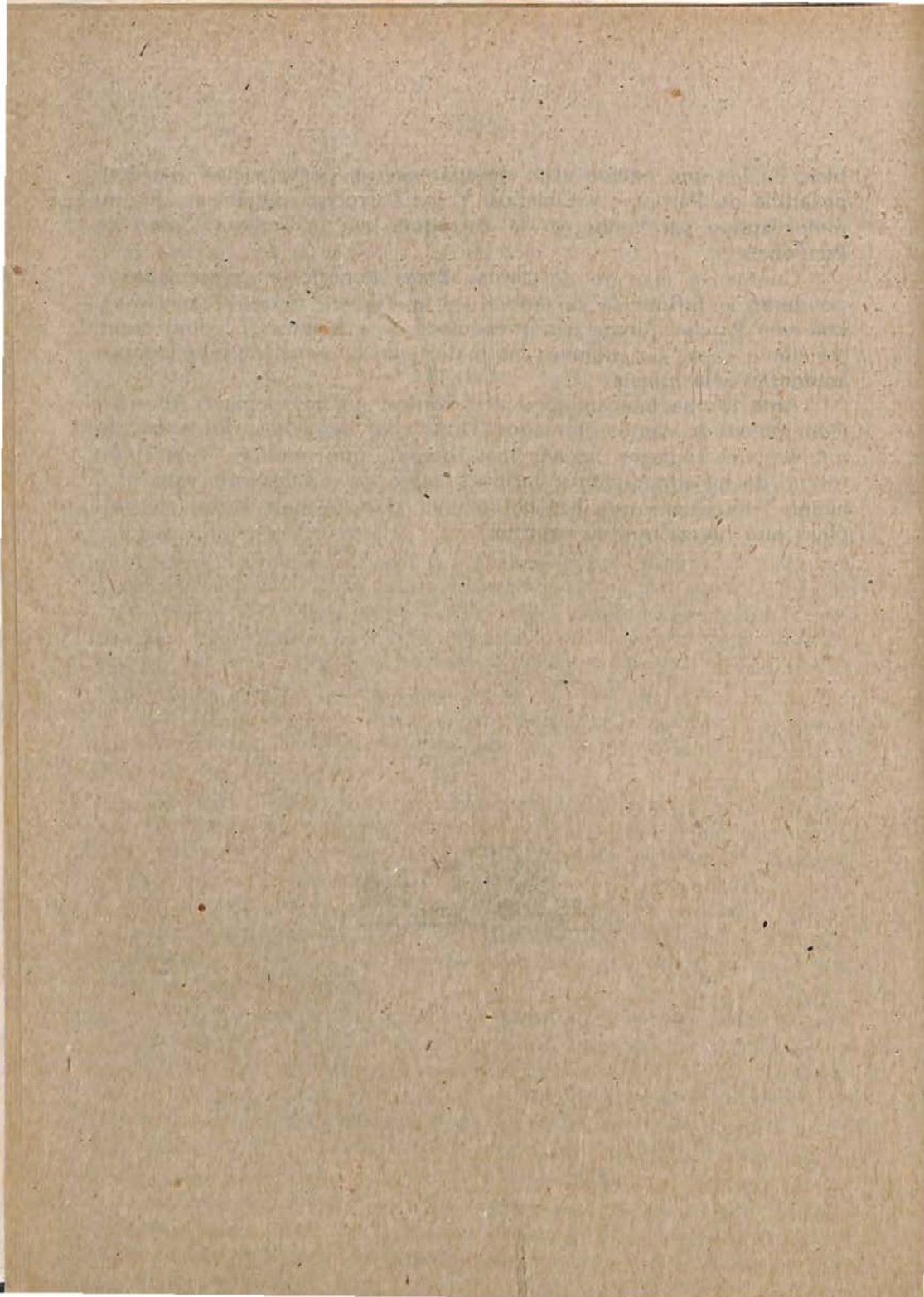
En lo que llevamos de siglo hemos presenciado varios Congresos regionales Terciarios y dos nacionales en España. Como fruto de ellos la Tercera Orden fué establecida en varios centenares de pue-

blos, en los que hemos visto desaparecer no pocos vicios que eran pesadilla de Párrocos y Obispos. Y los Párrocos confesaban que su mejor apoyo para gobernar la Parroquia, era la Tercera Orden de Penitencia.

Cuéntanse más de doscientas Bulas Pontificias encaminadas a ponderar la influencia salvadora de la Tercera Orden Franciscana. Los seis Papas últimos han presentado esta Institución como dique resistente capaz de contener los males que en estos últimos tiempos amenazan a la Iglesia.

Ante los hechos antiguos y recientes, no hay réplica. Ante los testimonios de tantos Romanos Pontífices, de sabios Prelados, de intelectuales seculares, no hay más remedio que rendirse. Y yo rindo tributo de mi admiración y cariño y caigo de rodillas ante esta Institución Franciscana que ha sabido vivir más de siete siglos sin emplear otra fuerza que su espíritu.





San Francisco y la Paz Social

Discurso del Excmo. Sr. D. Miguel
Sancho - Izquierdo, Rector de la Uni-
versidad de Zaragoza.

Reverendísimo, Muy Reverendo y Reverendos Padres,
Hermanos Terciarios en Nuestro Padre San Francisco,
Señoras y Señores:



QUI vengó a departir unos minutos con vosotros. No me atrevo a llamar a esto que voy a deciros «lección», aunque, quizás, tenga sus trazas, ya que la profesión imprime carácter. La lección me la habéis dado vosotros con vuestro fervor y vuestro entusiasmo. Menos podrá llamarse «discurso». Bien quisiera hacerlo y a fe que no me faltan entusiasmos. Pero ¿cómo lograr que mi palabra y mis facultades todas respondan a este entusiasmo, al calor y brío de mi corazón?

Con toda sencillez, voy a hablaros del tema que se me ha encomendado:

« ¿Qué es preciso para que haya paz y orden social? »

Si, conforme a la definición agustiniana, la Paz es «la tranquilidad en el orden» y el Orden «la disposición de las cosas iguales y desiguales en el lugar que a cada una corresponde», la Paz social, por todos ansiada, será la tranquilidad reinante en el orden social y este Orden social será la disposición de los diversos elementos que constituyen la sociedad en el lugar que a cada uno corresponde según su índole y categoría.

La Sociedad está formada por una variedad de elementos (causa material) a los que da unidad el fin a que todos tienden (causa

final) y la autoridad que coordina hacia ese fin los esfuerzos de todos (causa *formal*). Pero esos elementos no se presentan en la Sociedad uniformes y homogéneos, sino que acusan diferencias que los distinguen, ya en la estructura *vertical* de la Sociedad, ya en su estructura *horizontal*.

Verticalmente, se distinguen en la Sociedad diversas categorías de grupos sociales coexistentes unos al lado de los otros y a través de los cuales se incorpora el individuo a la Sociedad. Son, de un lado, las familias, que, a su vez, forman las ciudades y éstas, la comarca, la región, etc. Es de otro lado, la profesión que constituye «un centro de relaciones, sugerido por la misma naturaleza de las cosas, entre todos los que en un mismo lugar ejercen aquella profesión.»

Horizontalmente, están las clases sociales formadas por «la semejanza de intereses, de cultura, de hábitos de vida, del modo de participar en la repartición de los bienes económicos, que crea entre los miembros de cada una de ellas tendencias a agruparse de modo más intenso para defenderse y promover su bien particular», las cuales constituyen como las diversas capas de terrenos que forman la estructura de la corteza terrestre.

Bien se ve la distinción que, de las definiciones dadas, tomadas del Código social de Malinas, se desprende entre profesión y clase social, punto en el que aquí no podemos entretenernos.

Pues bien, el orden social existe cuando, primero, cada uno de estos elementos está en el lugar que le corresponde, tranquilamente, sin violencia, y, segundo, preside el desenvolvimiento armónico de todos ellos un principio de autoridad. Cuando esto no se da, no hay orden ni paz social, aunque, a veces, una fuerza externa mantenga una apariencia de la misma. Abrense, entonces, inmensas simas entre los diversos núcleos sociales, cuartéanse las familias como los propios edificios en un terremoto y las capas sociales se pliegan y rompen, como las capas geológicas bajo la presión de los diversos fenómenos que han ido conformando la actual fisonomía del globo.

El dulce Corderillo que amansaba lobos

En tiempo de San Francisco, Italia ofrecía un espectáculo lamentable desde el punto de vista político y social: guerras y discordias incesantes hacen de ella una nación dolorosamente agitada.

Las invasiones de los bárbaros habían cesado; pero nuevos dominadores establecieron sobre las ruinas del Imperio reinos más o menos duraderos. Roma, investida de la supremacía espiritual del

mundo, no tiene fuerza política para servir de núcleo a la concentración política de la península. El feudalismo, trocado de tutelar en abusivo, contribuye a la pulverización y quebrantamiento de la soberanía.

De ahí —dice el Padre Venance— la división, el desenfreno de los intereses personales que no tenían reparo en llamar a los extranjeros y comprometer la independencia del país con tal de conservar un girón del poder entre sus manos.

Las influencias sucesivas y contradictorias arrastraban ora hacia un lado, ora hacia el otro, a señores y vasallos, a jefes y soldados, a nobles y pueblo, y los lanzaban a querellas renovadas sin cesar. Las guerras privadas, los levantamientos locales, ponían en lucha a las ciudades vecinas y aun a los conciudadanos de una misma población.

Y es en medio de esa sociedad tan dividida, entre esos hombres tan trabajados, donde aparece Francisco. El dulce Francisco aparece en estas revueltas como un corderillo entre lobos... y los lobos se amansan.

Un día, es el pacto de paz que hace firmar a sus compatriotas, terminando con ello las luchas de Asís con los de Perusa.

Otro día, la reconciliación entre los *Majores* y los *minores* de la propia ciudad de Asís.

Otro, la reconciliación entre el Podestá y el Obispo, cuando en presencia de uno y otro cantan dos hermanos el «Cántico di fratre Sole»; al acabar, el Podestá se hincó de hinojos a los pies del Obispo, quien, levantándolo, lo besó, lo abrazó y pidió, a su vez, perdón.

Otro, en fin, el prodigio de aquel pobre, rebelde y airado contra su Señor, a quien pacifica solo con echar sobre sus espaldas la capa que él llevaba puesta, a la vez que sus palabras le tocaban el corazón.

Armas y medios de San Francisco

¿Sus armas?... ¿Sus medios?...

Todas las virtudes que esmaltan su vida, todas las virtudes que giran cual planetas alrededor del sol de la caridad; pero, sobre todo, aquellas que, por ser contrarias a lo que más motiva las querellas, son esencialmente pacificadoras: la pobreza, la mansedumbre y —sobre todo— la caridad, el amor...

La Pobreza

Es la codicia —codicia de bienes... codicia de poder... codicia de honores...— la que mueve principalmente a los hombres contra los hombres, siembra pleitos en las familias, divide los pueblos o los enciende en rivalidades y lanza a las naciones unas contra otras.

Dios dió la tierra a todos los hombres para que la trabajaran y vivieran de ella, pero el hombre, repugnando el trabajo, ha querido, sin embargo, monopolizar y acumular para si las riquezas, fruto de ese trabajo.

San Francisco predicó el trabajo, el trabajo alegre y fecundo, como deber individual y social del hombre; pero no en plan de afanasas ansias de enriquecimiento, sino, por el contrario, íntimamente abrazado con la hermana Pobreza.

Conocido es el pasaje del Dante en que el Poeta alude a los desposorios de Francisco con la Pobreza, que

más de mil años despreciada y triste
yacía, viuda del primer marido,
hasta que éste tomola por esposa.

La pobreza es —dice el P. Valence, hablando de S. Francisco y su misión social— el rasgo más saliente y original de su genio. Todas las órdenes antiguas conocieron el voto de pobreza; pero éste sólo tenía por objeto privar de la propiedad a cada uno de los miembros, no al Monasterio o a la Orden. La pobreza absoluta, la perfecta imitación a aquella pobreza que acompañara de por vida al Salvador, podemos decir que no la hallamos hasta San Francisco —dice el P. Lucerna— comprendió casi intuitivamente la importancia ascética de esta total privación de bienes. Vivir sin propiedad terrena significaba para él lo mismo que pertenecer a Dios solo, despojado de todo lo terreno.

La Mansedumbre

«Pero esta concepción tan ideal de la pobreza incluye en sí no sólo la renuncia a todos los bienes materiales, sino también el despojo de toda posesión desordenada de propiedad espiritual. No es todo ni es sólo el desprenderse de las cosas externas, sino también de las internas, incluso del propio yo, mediante la humillación y la mansedumbre.

Para ser verdaderamente pobre, según el modelo del Salvador, quiso el Poverello elegir por su compañera también a la humildad,

buscar con amor y delectación el empequeñecimiento propio, el cual, evidentemente, pertenece a la auténtica y verdadera pobreza. Ser pobre y ser pequeño es casi lo mismo. Con razón se ha dicho: la humildad es la pobreza perfecta.

Por eso Francisco nombra siempre a la humildad al mismo tiempo que la pobreza. A ambas saluda como hermana: «Oh, Señora Santa pobreza; el Señor te guarde, con tu hermana la Santa humildad...»

Frailes menores llamó a sus hijos y quería que lo fueran no solo de nombre, sino también de hecho y de verdad, y él siempre se consideró el menor de todos.

Las «Floreillas» nos han conservado multitud de ejemplos confirmatorios de esto que vamos diciendo. Como aquella vez en que, por inspiración de Dios, quiso tentarle Fray Maseo.

—¿Por qué a tí? ¿Por qué a tí? ¿Por qué a tí?

Y al preguntarle San Francisco que quería decir con aquella repetida imprecación y aclarárselo Fray Maseo, aludiendo a lo extraño que era el que todos viniesen en pos de él, no siendo hermoso de cuerpo, ni teniendo gran ciencia, ni siendo noble, la admirable respuesta del Poverello:

—¿Quieres saber por qué a mi? ¿Quieres saber por qué a mi? ¿Quieres saber por qué a mi que todo el mundo me sigue? Pues porque los ojos del altísimo Dios que en todas las partes contemplan a los buenos y a los malos, no han visto, entre los pecadores, ninguno más vil, ni más inútil, ni más grande pecador que yo, y por eso, no habiendo encontrado sobre la tierra criatura más vil para la obra maravillosa que se propone hacer, me escogió a mi para confundir la nobleza y la grandeza, la belleza y la fortaleza y la sabiduría del mundo, a fin de que se conozca que toda virtud y todo bien procede de él y no de la criatura y ninguno puede gloriarse en su presencia, sino que quien se gloríe, se gloríe en el Señor, al cual sea toda la honra y gloria para siempre.

El amor a Dios y el amor a las criaturas

«Fuego vine a traer a la tierra ¿y que he de querer, sino que arda?— dijo Jesús.

«El Amor me ha puesto en el horno» —cantará San Francisco en inspiradas estrofas.

Gratry ha dicho: «La primera cosa que encuentra el alma que se desprende de si misma para ser de Dios, es el amor a la humanidad».

Desnudo de toda cosa terrena por la pobreza, San Francisco amó profundamente a los hombres. Bien conoció que el precepto del amor al prójimo es semejante al precepto del amor a Dios y que en el fondo, estos dos preceptos no son sino uno sólo.

Inicia Francisco su brava carrera en pos de esta virtud cuando, inquieto su corazón por haber despachado a un pobre de su tienda, sale disparado de ella hasta alcanzarlo, colmarlo de dinero y encima pedirle perdón. Admirablemente razona esta actitud, más tarde, con sus amigos: «Si alguno te viniera a pedir un favor en nombre de un conde o de un barón, seguramente se lo hubieras concedido y aun te hubieras considerado muy honrado; pues ¿cuanto más deberías hacerlo y tenerte por más honrado cuando el que te pide lo hace en nombre del Rey de Reyes y Señor de todos?» Pero cuando llega la caridad a su apogeo y Francisco a los límites de lo heróico, es en aquel episodio del leproso. La limosna, que no es la caridad, ya antes la daba Francisco a los leprosos, más por medio de otra persona, alejándose él a toda prisa; no como ahora, descendiendo del caballo, besando la mano ulcerada que el leproso le tiende y sintiendo en su corazón como se le había convertido en dulzura aquello que antes le parecía más amargo.

La caridad de Francisco fué universal, amando a Dios en todas sus criaturas y al hombre, sobre todas las criaturas, por amor de Dios; pero se derramó con preferencia sobre los más desheredados de todo lo que el mundo puede dar, sobre los que padecían más, sobre los más miserables...: los pobres..., los enfermos..., los leprosos..., los que, sobre todas estas miserias, ostentaban sus miserias y lacras morales, como los «hermanos» ladrones...

Paralelo entre nuestros tiempos y los de San Francisco

Pues bien, señoras y señores, también ahora, como en los tiempos de San Francisco, aparece el mundo desquiciado. Desde la familia, en crisis —crisis de estabilidad, crisis de fecundidad, crisis de autoridad— pasando por los pueblos —agitados por luchas intestinas— hasta las naciones enzarzadas en la más espantosa guerra que ha conocido la humanidad.

Pero, sobre todo, las clases sociales...

Si hoy aquí en España callan, no nos hagamos excesivas ilusiones creyendo el problema resuelto.

No olvidemos que estamos, por especial privilegio de Dios, en

un remanso de paz, no del todo merecida por muchos que no han sabido hacerse dignos de los que nos la ganaron con su sacrificio y con su sangre.

Y aún así...

Hay en la cuestión social ansias legítimas de justicia que merecen ser atendidas y reivindicadas, pero también hay pretensiones que es imposible satisfacer, y para que la paz venga es necesario, por lo que a estas pretensiones se refiere, que sus pretensores renuncien a ellas, pero antes y por que se refiere a lo primero, que esas ansias legítimas de justicia sean satisfechas.

Y hoy no se cumple con ello; no se cumple siempre con lo que la justicia exige.

Menos, con lo que pide la caridad.

Los que visitan a los pobres, en las Conferencias de San Vicente de Paul, los jóvenes y las jóvenes de Acción Católica que ejercen su apostolado en los suburbios de las grandes ciudades, saben mucho de esos abismos de miseria moral y material de que parecen no tener la menor noticia muchas gentes.

Remedios en el Siglo

¿Remedios...?

Las mismas virtudes que hemos venido considerando, en el grado que nos sea factible, siguiendo las huellas de nuestro Seráfico Padre, ya que la naturaleza del hombre no ha cambiado desde los tiempos de San Francisco.

1.º *Renunciación.*—Ya no pido pobreza, auténtica pobreza como la de Cristo y San Francisco; pero sí pobreza espiritual, desasimiento de los bienes materiales; no ir tras ellos con loco afán, sin reparar en medios, atropellándolo todo, como si su logro fuera el único fin para el cual ha sido creado el hombre.

¡Cuán extraño suena esto en los tiempos del estraperlo y el enriquecimiento a toda costa!

Ello lleva consigo un igualmente inmoderado afán de goces que hace posible el espectáculo de ciudades que se llaman cristianas y en las que en un domingo, en el día del Señor, se gastan en espectáculos, cafés y bares, cantidades fabulosas con las que se podrían socorrer muchas de esas familias que están muriéndose materialmente de hambre. Yo doy por supuesto, lo que es, sin embargo, muy dudoso, que todos esos espectáculos sean lícitos y honestos; pero aún así, tenemos que considerar que esos hombres que mueren materialmente de hambre son hermanos nuestros y que nosotros somos

administradores aún de aquellas riquezas que nos han sido dadas por el Padre común que está en los cielos.

Y no solo el afán de riqueza; igualmente, el afán de mando... el afán de honores... el afán de poder...

2.º *Mansedumbre*.—Esto es aún más difícil. ¡Quién como yo! es el grito que se escapa de multitud de gentes; a veces, pese al empeño de mantener oculta la soberbia bajo la capa de una falsa humildad. Muy difícil, pues incluso en casos de sincero empeño en caminar en pos de la virtud es este el último reducto en que el demonio se atrinchera para susurrarnos al oído, a la vez que nos muestra la progresos que en otros campos pudimos hacer: ¡Qué bueno soy!

3.º Y sobre todo, *caridad*.—Caridad, que no es limosna, según se desprende bien claro de lo dicho, sino amor.

Recordemos el texto de San Pablo: «Aunque yo distribuyese todos mis bienes a los pobres...» Aún más. «Aunque entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada».

¡Cuántos casos de limosna que no entrañan caridad y de caridad sin que exista materialmente limosna!

Respecto a lo primero, muchos ejemplos podría yo citar de limosnas hipócritas dadas solo por bien parecer, e incluso de limosna que humilla a aquél que la recibe y explica reacciones que pueden parecer extrañas o muestra patente de ingratitud, cuando no son sino eso: reacción de un corazón que no se intentó ganar y en el que lo único que se consiguió fué que fermentara en él el odio al rico al contacto con la nueva ostentación en que fué envuelta la limosna.

Respecto a lo segundo, un solo ejemplo he de citar: el de un caso que ha tiempo leí, pero que estoy seguro de que se ha repetido muchas veces. Es el de aquel Señor que, al no hallar en sus bolsillos moneda que dar al pobre que le pedía una limosna, le dijo:

—Perdone, Señor, pero no llevo nada.

—No se preocupe —le contestó el pobre— ya me ha dado bastante.

Y ante el gesto de extrañeza del otro, agregó:

—Me ha llamado Señor...

¿Comprendéis?

Vivimos hoy una gran ficción, y es la de creer que vivimos en una sociedad cristiana... Pero ¿cuál es la señal del cristiano? El catecismo que yo estudié decía: La interior es la caridad; la exterior, la Santa Cruz, Además, lo dijo bien claro Nuestro Señor Jesucristo: En

eso conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis los unos a los otros. ¿Ocurre esto así en nuestra sociedad?

No hay vida de Fe. Decimos que creemos; pero vivimos como si no creyésemos.

No hay vida de cristianos, que es vida de caridad.

No hay caridad entre pobres y ricos; no la hay entre gobernantes y gobernados; no la hay, tampoco, dentro de cada clase. Todo son chismes y cuentos y censuras... No se respeta nada...

Si hubiera caridad sobrarían muchas de las fórmulas ideadas para resolver la cuestión social. Si el patrono viera en el obrero a un hermano y el obrero un hermano en el patrono y el gobernante hermanos suyos en los súbditos encomendados a su cuidado; ¡que poco lugar quedaría para las leyes sociales!

Llevemos el espíritu franciscano a la Sociedad

En el siglo XIII, Francisco, inflamando al mundo con su Amor, realizó el milagro. Hoy no vive Francisco, pero vive su espíritu. Tratemos de llevar ese su espíritu a la sociedad.

Mas no es sólo su espíritu el que vive. Francisco, al morir, nos dejó con su espíritu y con su ejemplo, que vienen a ser su ideal y su realización perfecta, el instrumento para la realización, en mayor o menor grado, por nuestra parte, de ese ideal: las Ordenes Terceras.

Terminaré con las palabras que hace años dirigía a vuestros hermanos de Pamplona: Terciarios navarros, aprovechad este instrumento; los que no lo seais, entrad en la Orden Tercera; abrazaos con este ideal, armaos de pobreza, por lo menos, espiritual, de humildad, de mansedumbre y sobre todo, de caridad, de amor. No se trata, tampoco, de que entren todos; basta que lo haga un núcleo considerable en el que todos los intereses, y todas las clases sociales se hallen representadas.

Un día, iba predicando Francisco con sus primeros compañeros y le preguntaron a qué Orden pertenecían. Era en los primeros tiempos. Francisco respondió: «No pertenecemos a ninguna Orden (la suya aún no estaba fundada); somos varones de la ciudad de Asís que vivimos en penitencia». Pues bien, yo os digo que cuando en una ciudad, en una comarca, en una nación, haya un núcleo de varones que, a semejanza de San Francisco de Asís, vivan en penitencia, el Dios de Abraham, el que otro tiempo le ofreció salvar a la ciudad si en ella encontraba un número reducido de justos, tendrá misericordia de ese pueblo y en la misericordia de Dios hallará ese pueblo su salvación.



Camino franciscano para llegar a las Almas

Discurso de D. José-Angel Zubiaur,
Abogado y Licenciado en Filosofía.

Reverendos Padres

Hermanos Terciarios

Señoras y Señores:



UEVAMENTE heme aquí, en la simpática ciudad de Tudela, donde tan buenos amigos cuento, para acompañaros en la celebración de esta Asamblea Terciaria Franciscana de significado cristiano tan hondo y a la que acudó con el mejor de mis gustos y con la más grande voluntad. Al recibir la invitación me agradó sobremanera, siempre es agradable ir donde se quiere, y máxime cuando me dijeron que había de hablar sobre la figura sublime de aquél frailecico medieval que a fuerza de hacerse Mínimo se encumbró a las excelsitudes de la Santidad, de San Francisco de Asís. Transcurrió el tiempo, desde la invitación, y luego vino la pregunta: ¿Cuál va a ser el título de la charla? Entonces consideré los muchos a que da lugar la extraordinaria vida del Santo y elegí este de «CAMINO FRANCISCANO PARA LLEGAR A LAS ALMAS», cuya exposición quisiera llevar a cabo, con la ayuda de Dios, consiguiendo el mayor provecho para todos nosotros.

Y al iniciar el tema he de hacerlo señalando un contraste histórico. Saltemos unos siglos con la imaginación, lo cual poco cuesta, y situémonos en los antecedentes temporales a la acción del Fundador Franciscano, que procuraré pintar con la mayor sencillez y comprensión.

El Siglo antes de San Francisco

Sabéis de las primeras actuaciones cristianas en la Antigüedad y de las persecuciones a que dieron lugar en el Imperio Romano, que no se avenía al cambio religioso-social profundísimo que las doctrinas de Cristo entrañaban. Esa disconformidad se manifestó en forma violenta en las persecuciones, que si bien mataron cuerpos en sacrificios indescriptibles, sin embargo, sirvieron como de instrumento providencial para fortificar la Fé en los primeros cristianos y de siembra en los ánimos generosos que se sintieron atraídos a Ella. Pero el Divino Maestro, para quien todo era presente, sabía que habían de llegar esos tiempos y pensando en ello había dicho: «Cuando os persiguieren en una Ciudad huid a otra...»; así fueron muchos los cristianos que se retiraron al desierto y comenzaron a practicar en su soledad, tan propiciatoria siempre a la vida espiritual, la doctrina cristiana. San Pablo, San Pacomio..., fueron eremitas y con ellos otros muchos; pero pasado un tiempo, los eremitas se reunieron para vivir en común cristianamente y, entonces, surgieron los cenobios, los Monasterios o casas en donde colectivamente ofrecían su homenaje de austeridad y oración a Dios, en cuya contemplación y en la de las verdades eternas y cosas celestiales se recreaban, alimentándose de ellas para sobrellevar la rigurosidad de sus penitencias.

Esos Monasterios, imperecederos como las cosas del espíritu, vieron pasar y caer las grandezas humanas muchas veces fuertes sólo en apariencia. El Imperio Romano, cae a una con la invasión de los bárbaros, que no hace otra cosa sino acelerar una crisis producida por causas interiores, pero subsisten los Monasterios a los que se va a refugiar la Cultura para más tarde reaparecer. De los restos del cuarteado Imperio surgen las nuevas naciones bárbaras que poco a poco irán conquistando su civilización, y en esa tarea tienen la ayuda de los Monjes que van entregando el depósito de la Cultura antigua recristianizada. Ejemplo de Monasterios son los de San Benito fundados en Italia; primero los de Subiaco —uno de los cuales años después cederá a San Francisco la Iglesia de Santa María de la Porciúncula— y luego el de Monte Cassino, hoy derruido por la «civilización». De aquí se extienden por el mundo los monjes de regla benedictina llamados «negros» por su hábito. Influyen en los nuevos reinos, con frecuencia asesoran a los Reyes, de ellos y de la nobleza reciben abundantes donaciones de tierras que los van enriqueciendo. Pero con las riquezas se relaja la vida y esto sucede también a los monjes benedictinos. Ha de venir la reforma propugnando una vuelta

a la primitiva austeridad y ésta la hace San Bernardo, el abad de Claraval, que instaura la reforma cisterciense: «Es preciso no tener tantos bienes materiales, tantas tierras, tantos vasallos, reduzcamos nuestra vida a medios más pequeños». Siglo XII en que los Monasterios conocen su apogeo. Allí los monjes hacen Oración, rezan en común sus horas, y distribuyen el resto de su día entre el miniado de viejos cronicones, labores de copistas, iniciativas agrícolas y la protección de las artes.

¿Y entretanto, cómo transcurre la vida de la Sociedad?

Dice el P. Hilarino de Lucerna: «Dinero y riquezas eran el Santo y Señal de todo el mundo en el Siglo XII y a principios del XIII. Verdad es que las Cruzadas despertaron el amor a la vida pobre del Divino Salvador; pero también dieron a conocer en Occidente la liviandad y las riquezas del Oriente y ocasionaron un ansia de tesoros y goces, desconocidos hasta entonces. Por desgracia también el Clero se hallaba atacado de este cáncer».

En el año 1200 Inocencio III lanza tremendos reproches contra los Clérigos de toda la provincia de Narbona. Ya antes, los Papas, desde Gregorio VII (1073) habían combatido enérgicamente el recurso de allegar ingresos por el triste medio de la simonía, sin embargo esa horrible llaga seguía abierta en el Cuerpo de la Iglesia; nada pudieron las constantes medidas de dulzura y de rigor tomadas para hacer desaparecer el vicio. De esta manera el Clero secular y los religiosos fueron perdiendo todo influjo sobre el pueblo. Abandonado de sus pastores, éste olvidaba la religión y sus deberes y había embrutecido su vida; al amor sustituía la envidia, a la caridad la avaricia, al bien del alma el regodeo del cuerpo. Como consecuencia de toda esta relajación, vinieron la quiebra moral en las costumbres y la quiebra dogmática en las herejías.

Dios suscita dos santos

Todo parecía llegar a su fin, pero no fué así. Se cuenta que Santo Domingo y San Francisco de Asís, estando en Roma, tuvieron por separado una visión: Jesucristo sentado en Trono de Juez, empuñaba tres lanzas en actitud de arrojarlas sobre el mundo. María Santísima intercedía y presentaba como garantía de la conversión mundial dos hombres: Santo Domingo y San Francisco.

De ellos ha dicho el inglés Chesterton que fueron los «grandes hermanos mellizos». Lo cierto es que Dios en cada época suscita sus hombres, y en ésta de desorden moral y perturbación dogmática suscitó a San Francisco y Santo Domingo para que fundasen dos

Ordenes y salieran al paso de las necesidades espirituales de su tiempo.

Ya hemos visto cómo hasta ahora los religiosos hacían vida Monástica y cómo era ésta principalmente contemplativa. Preguntaba un día el abad Marco al abad Arsenio: «¿Por qué razón huís de nuestra compañía? Sabe Dios muy bien que os amo de veras, respondió el interpelado, pero me es de todo punto imposible vivir a la vez con Dios y con los hombres».

La aparición de las Ordenes Mendicantes supone un cambio radical en la interpretación de la vida religiosa. Los «frailes»—corrupción de la voz latina «fratres»— combinaron la vida activa con la contemplativa, dedicándose a ambas por mitad; fueron, valga la frase, Marta y María. Este camino fué el que siguió el Fundador de los franciscanos; no obstante, antes de iniciarlo tuvo sus dudas y éstas persistieron aún cuando tenía discípulos, y para aclararlas empleó San Francisco un medio Divino. Estaba Fray Silvestre, un frailecico Menor, retirado en la soledad de un monte en el que se dedicaba a la Oración, y allí recibió el encargo de su Padre de que pidiese luces a Dios sobre la vida que sus Siervos Menores habían de seguir, si la contemplativa o la activa cerca de las gentes. Hecha Oración, Dios dijo a fray Silvestre, refiriéndose a Francisco: «No lo llamé a este estado solamente para sí, sino para que haga fruto en las almas y se salven muchos por él». Con esta revelación quedó señalada la labor misionera de la naciente Orden. Así, en una ocasión, cuando al Fundador Francisco le propusieron la refundición de su Orden con otras Monásticas, contestó: «No quiero que me nombréis otra Regla, sea la de San Agustín o San Bernardo, ni que me propongáis un camino y método de vida distintos de los que el Señor en su Misericordia me ha mostrado y concedido».

Queda, por tanto, bien claro el cambio que supone en la interpretación de la vida religiosa la aparición de las dos nuevas Ordenes, y así había de ser ya que empleaban medios distintos: Las Monásticas, hablando en términos generales, iban a la salvación individual, y a la salvación colectiva conseguida mediante la Oración y penitencia de los Monjes; las de Frailes, sin descuidar la Oración y la Penitencia, pretendían asegurar su propia salvación consiguiendo la de sus hermanos que vivían en el mundo. San Bernardo amaba la delicia de los valles y en uno claro tuvo su cenobio —Clara-Val—; San Benito gustaba de la soledad agreste de los montes y en ella edificaba con su vida; San Francisco y Santo Domingo vivirían en los poblados, entre los hombres.

Diferencia entre Dominicos y Franciscanos

Pero dada la forma en que vengo haciendo la exposición, os parecerá que hay identidad entre Dominicos y Franciscanos. No, entre ellos existen notables diferencias, son distintos; y el mismo San Francisco, que tanto se quería con Santo Domingo, negóse a los deseos de éste de unir ambas Ordenes.

Recordaréis cómo antes dije que los dos males de la época eran: En lo moral, la frialdad religiosa y la corrupción de costumbres; en lo dogmático, las herejías albigense y cátara, entre otras. También decía que para poner remedio a esos males suscitó Dios a dos hombres; pues bien, de ahí mismo surgió la diferenciación entre las dos Ordenes, que arranca ya en sus mismos Fundadores.

Domingo de Guzmán, español, hijo de nobles castellanos, empleará la rotundidad y espíritu guerrero de la raza para aniquilar la herejía y salvar las almas. Recorrerá infatigable el Sur de Francia, la bella Provenza, entonces perturbada, martilleando con su palabra a las nefastas teorías que al ir contra la intangibilidad del Dogma y la disciplina jerárquica de la Iglesia querían destruir la Unidad Católica.

Francisco de Asís, italiano —nacido en la Umbría— hijo de mercaderes, tiene muy otra misión; él no ha de ser martillo, sino fuego colosal que abraza los corazones helados de las gentes. Fantasia desbordante. Canción, lirismo, poesía... Sí, toda la poesía de la Provenza, que él conoce por su madre y que siente en lo más hondo de la inspiración, ha de brotar de sus labios cuando recorra las tierras de la Umbría y de la Toscana, jardín de Italia, siempre rientes, siempre bellas, siempre llenas de colorido, siempre tema del amor que el frailecico viene a cristianizar. Su lenguaje no ha de ser el ordenado en las angosturas de un silogismo, sino el manantial que brota de la fuente y se extiende por el césped dándole frescor... San Francisco viene a catequizar a un mundo loco de pasión terrenal y ha de curar ese gran mal con un gran remedio; ha de convertir al mundo contradiciéndolo; ha de procurar la reacción exagerando las notas contrapuestas; ha de oponer a esa pasión corpórea, avarienta y viciosa, la pasión de su amor por Dios, caritativa y humilde; ha de oponer a la riqueza en el vestir, la pobreza de su hábito raído; ha de oponer a la comodidad de las mansiones, su peregrinar constante de vagabundo de Cristo por el camino que conduce a las almas.

Ordenes y salieran al paso de las necesidades espirituales de su tiempo.

Ya hemos visto cómo hasta ahora los religiosos hacían vida Monástica y cómo era ésta principalmente contemplativa. Preguntaba un día el abad Marco al abad Arsenio: «¿Por qué razón huís de nuestra compañía? Sabe Dios muy bien que os amo de veras, respondió el interpelado, pero me es de todo punto imposible vivir a la vez con Dios y con los hombres».

La aparición de las Ordenes Mendicantes supone un cambio radical en la interpretación de la vida religiosa. Los «frailes»—corrupción de la voz latina «fratres»— combinaron la vida activa con la contemplativa, dedicándose a ambas por mitad; fueron, valga la frase, Marta y María. Este camino fué el que siguió el Fundador de los franciscanos; no obstante, antes de iniciarlo tuvo sus dudas y éstas persistieron aún cuando tenía discípulos, y para aclararlas empleó San Francisco un medio Divino. Estaba Fray Silvestre, un frailecico Menor, retirado en la soledad de un monte en el que se dedicaba a la Oración, y allí recibió el encargo de su Padre de que pidiese luces a Dios sobre la vida que sus Siervos Menores habían de seguir, si la contemplativa o la activa cerca de las gentes. Hecha Oración, Dios dijo a fray Silvestre, refiriéndose a Francisco: «No lo llamé a este estado solamente para sí, sino para que haga fruto en las almas y se salven muchos por él». Con esta revelación quedó señalada la labor misionera de la naciente Orden. Así, en una ocasión, cuando al Fundador Francisco le propusieron la refundición de su Orden con otras Monásticas, contestó: «No quiero que me nombréis otra Regla, sea la de San Agustín o San Bernardo, ni que me propongáis un camino y método de vida distintos de los que el Señor en su Misericordia me ha mostrado y concedido».

Queda, por tanto, bien claro el cambio que supone en la interpretación de la vida religiosa la aparición de las dos nuevas Ordenes, y así había de ser ya que empleaban medios distintos: Las Monásticas, hablando en términos generales, iban a la salvación individual, y a la salvación colectiva conseguida mediante la Oración y penitencia de los Monjes; las de Frailes, sin descuidar la Oración y la Penitencia, pretendían asegurar su propia salvación consiguiendo la de sus hermanos que vivían en el mundo. San Bernardo amaba la delicia de los valles y en uno claro tuvo su cenobio —Clara-Val—; San Benito gustaba de la soledad agreste de los montes y en ella edificaba con su vida; San Francisco y Santo Domingo vivirían en los poblados, entre los hombres.

Diferencia entre Dominicos y Franciscanos

Pero dada la forma en que vengo haciendo la exposición, os parecerá que hay identidad entre Dominicos y Franciscanos. No, entre ellos existen notables diferencias, son distintos; y el mismo San Francisco, que tanto se quería con Santo Domingo, negóse a los deseos de éste de unir ambas Ordenes.

Recordaréis cómo antes dije que los dos males de la época eran: En lo moral, la frialdad religiosa y la corrupción de costumbres; en lo dogmático, las herejías albigense y cátara, entre otras. También decía que para poner remedio a esos males suscitó Dios a dos hombres; pues bien, de ahí mismo surgió la diferenciación entre las dos Ordenes, que arranca ya en sus mismos Fundadores.

Domingo de Guzmán, español, hijo de nobles castellanos, empleará la rotundidad y espíritu guerrero de la raza para aniquilar la herejía y salvar las almas. Recorrerá infatigable el Sur de Francia, la bella Provenza, entonces perturbada, martilleando con su palabra a las nefastas teorías que al ir contra la intangibilidad del Dogma y la disciplina jerárquica de la Iglesia querían destruir la Unidad Católica.

Francisco de Asís, italiano —nacido en la Umbría— hijo de mercaderes, tiene muy otra misión; él no ha de ser martillo, sino fuego colosal que abraza los corazones helados de las gentes. Fantasía desbordante. Canción, lirismo, poesía... Sí, toda la poesía de la Provenza, que él conoce por su madre y que siente en lo más hondo de la inspiración, ha de brotar de sus labios cuando recorra las tierras de la Umbría y de la Toscana, jardín de Italia, siempre rientes, siempre bellas, siempre llenas de colorido, siempre tema del amor que el frailecico viene a cristianizar. Su lenguaje no ha de ser el ordenado en las angosturas de un silogismo, sino el manantial que brota de la fuentequilla y se extiende por el césped dándole frescor... San Francisco viene a catequizar a un mundo loco de pasión terrenal y ha de curar ese gran mal con un gran remedio; ha de convertir al mundo contradiciéndolo; ha de procurar la reacción exagerando las notas contrapuestas; ha de oponer a esa pasión corpórea, avarienta y viciosa, la pasión de su amor por Dios, caritativa y humilde; ha de oponer a la riqueza en el vestir, la pobreza de su hábito raído; ha de oponer a la comodidad de las mansiones, su peregrinar constante de vagabundo de Cristo por el camino que conduce a las almas.

Francisco, el hijo de los Bernardone

En Asís vive el matrimonio Bernardone dedicado a la importante y lucrativa mercadería de telas, de tanta importancia entonces, y allí tienen un hijo a quien se pone el nombre de Juan, si bien luego se le conoce por el de Francesco —debido a la afición que siente por lo francés, la cual proviene de su madre— y más tarde por el de Francisco. Dada la posición de sus padres vive espléndidamente, es el anfitrión de sus compañeros y el rey de la Juventud que festiva recorre las calles; y bien puede serlo él que aparece atildado en el vestir y pródigo en gastar. Tiene ansias de grandeza y sueños de gloria militares, en aquella Italia constantemente en guerras no ya sólo entre Ciudades sino incluso entre familias; quizá él pretendiese ser jefe de Capuletos o Montescos. Pero Dios toca su corazón; primero surge la preocupación y la duda y luego la decisión, figurada en el beso que da un leproso, a un agote de aquellos que antes tanto le repugnaban. ¡Francisco es de Cristo!... Quizá Dios le haya pagado así la caridad que siempre hizo a los que se la pedían en su Nombre.

El que fué rey de la juventud ha dejado su cetro por el cayado y las vestiduras delicadas por la áspera estameña; es hombre nuevo; pero no sabe que camino iniciar en el servicio de Dios. Mientras hace oración en la derruida Iglesia de San Damián, el Señor se le aparece y le dice: «¿No ves que mi casa amenaza ruina? Vé y repárala». E inmediatamente, Francisco, con la alegría del que deseando hacer algo le señalan tarea, comienza a mendigar piedras para los Templos del Señor y reedifica el de San Damián y, más tarde, los de San Pedro y Santa María de los Angeles. Pero no, no es eso lo que Dios quiere de él. El 24 de Febrero de 1209, Francisco oye misa en Santa María y escucha la explicación de aquella escena evangélica en que al enviar Cristo a sus discípulos a predicar por el mundo y al prescribirles la norma que habían de emplear en su modo de vivir, les dice que «no posean oro ni plata, que no lleven dinero en sus fajas o cintos, que no se provean de alforjas para el camino, ni de báculo en que apoyarse». Y cuenta San Buenaventura en su biografía que: «Apenas oyó Francisco estas palabras y con la luz divina pudo comprender su sentido, retúvolas tenazmente en su memoria, y lleno de indecible alegría exclamó: ¡Esto es lo que ardientemente deseo; esto es por lo que suspiro con todas las veras de mi alma!» E inmediatamente arrojó el cayado, descalzóse, sustituyó su cinto por una cuerda nudosa y se dispuso a observar en todo la vida de los Apóstoles y a invitar a los demás para que la guardasen. Así, henchido de gozo, recorre los campos y bosques cantando alabanzas al Señor en la

dulce lengua francesa del Gay-Saber. Y cuando unos bandoleros le preguntan quien es, contesta: «Soy el heraldo del gran Rey». Su entusiasmo y fervor contagia y pronto se le une Bernardo de Quintaval, un Caballero de la Nobleza de Asís. Juntos van a la Iglesia de Santa María a buscar en Dios consejo de lo que han de hacer y lo solicitan abriendo por tres veces el Evangelio, al azar. La primera vez apareció este pasaje: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres; ven y sígueme». La segunda tropezaron con aquella sentencia: «Nada toméis para el camino». La tercera, el texto fué este: «Todo el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Entonces San Francisco exclamó: «Esta es nuestra Regla y nuestra vida y la de todos aquellos que quieran unirse a nosotros. Vé, pues, si quieres ser perfecto, y pon en ejecución lo que has oído». Y Bernardo de Quintaval, con sencillez que se había de hacer franciscana, repartió entre los pobres sus cuantiosos bienes.

Ese mismo desprendimiento les había de ganar un nuevo compañero, Silvestre. Después vendrían otros: Fray León, «ovejuela»; Fray Junípero, «El enebro»; Fray Juan, «El Simple...» Y cuando Francisco cuenta ocho discípulos, no los retiene para evangelizar Asís, ni tan siquiera Italia, sino que en un afán universal los manda a evangelizar el Mundo, nada menos.

Inocencio III, al aprobar los propósitos de Francisco, da existencia a la nueva Orden. La ley fundamental de ésta es la vuelta a la completa y perfecta observancia del Evangelio. El Fundador había de decir: «La vida y Regla de los Frailes Menores es ésta, conviene a saber, guardar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo». Este era el camino señalado para atraer a aquellos fieles que vivían como infieles. Celano, el biógrafo del Santo, dice: «...había envuelto a casi todos un olvido tan profundo de Dios y una indiferencia tan grande para con los divinos Mandamientos, que apenas toleraban el ser sacados de sus antiguos e inveterados vicios». Y a eso precisamente vino San Francisco. Como escribe San Buenaventura «fué destinado por Dios, a imitación del Precursor —recordad que también él se llamó Juan— para que preparase en el desierto de este mundo los caminos de la más alta pobreza y predicase penitencia, no sólo con la palabra sino también con el ejemplo». En resumen, el Pobrecito de Asís venía a transformar el mundo; y hagamos memoria de aquellas palabras del gran Aparisi y Guijarro: «Jesucristo para transformar el mundo estableció dos leyes: la humildad, ley del espíritu; la caridad, ley del corazón». (Meditación 3.^a de sus Obras completas, tomo 1.º, página 88).

El Poverello de Asís

Estas dos leyes se sintetizaban para San Francisco en la maravilla de una palabra que encerraba muy alta virtud: ¡Pobreza! Aquel hombre de hábito humildísimo, que frente al nombre de «mayores» que así mismo se daban los Nobles de Asís, había elegido para sus frailes el de Mínimos o Menores; aquel hombre que había renunciado a todo, bienes, porvenir, halagos mundanos, y que sentía un placer especial en llamarse Poverello o pobrecito, entendía que la pobreza era el fundamento de la perfección evangélica, y cuando hablaba de practicar una vida conforme al Evangelio quería decir ante todo la vida de pobreza. «La pobreza —son palabras suyas— es aquella virtud celestial, por la cual se pisotea todo lo terreno y pasajero, por la cual son quitados todos los estorbos, para que el espíritu humano, libre, pueda unirse con el eterno Señor y Dios. Ella hace que el alma, morando aún en la tierra, converse con los ángeles en el cielo» y que en la hora de la muerte «desnudo de todo pueda ir a Cristo».

Esa era la ilusión del pequeñuelo Fray Francisco, Siervo humilde de Dios, unirse a Cristo; y para ello se abrazaba a la pobreza que, como él solía decir, «confunde a la avaricia, la codicia y los cuidados de este mundo».

¡La pobreza!... Una vez preguntaron al Poverello: ¿Cuál es la virtud que hace al hombre más amigo de Cristo? Y respondió: «La pobreza, hermanos míos. Sabed que la pobreza es el más excelente camino de salvación, como apoyo que es de la humildad y raíz de la perfección. Sus frutos son variados, pero ocultos. La pobreza es el tesoro escondido en el campo evangélico; para adquirirlo hay que vender todas las cosas y lo que no se pueda hay que despreciarlo en comparación con ella».

Teniendo este espíritu, el obrar viene por añadidura. San Francisco fué el pobre integral. Para vestir: Un hábito raído, los paños menores y una cuerda. Si alguna vez tuvo capa la dió en seguida y para evitarlo fué preciso que la llevase prestada, pues de esa manera la conciencia de ello le impedía darla. En cuanto al comer, la mayor parte de las veces no contaba con nada. Así sucedió en la celebración del Capítulo que a los pocos años de la fundación tuvo lugar en las proximidades de la ciudad de Asís. Se llamó «el de las esteras» porque valiéndose de ellas se habían dispuesto unos cobertizos. Allí se reunieron hasta 5.000 frailes menores, asistiendo también Santo Domingo en compañía de algunos Frailes Predicadores. El pasmo del Santo español fué grande cuando vió que aquellos miles de religiosos nada tenían para comer, juzgándolo temeridad, pero su asom-

bro fué mucho mayor cuando se dió cuenta de que Dios no los desamparaba y les enviaba la comida por medio de las gentes de Asís que, edificadas de tanta abnegación, acudieron rivalizando a llevar viandas a los frailecicos.

Pobreza en los edificios. Quería que las iglesias franciscanas fuesen sencillas, y es admirable leer en San Buenaventura cómo se indignó el Santo al oír a unos frailes hablar de la casa franciscana como propia; fué preciso que el Cardenal Hugolino, luego Gregorio IX, dijese que era suya y la había dejado a los Menores.

¡Pero qué, si hasta una vez socorrió a una pobre dándole su libro del Nuevo Testamento para que lo vendiese y allegase algo! ¿Os imagináis cómo se sonreiría el Señor ante ese rasgo?

Aún en el siglo, Francisco ya era caritativo. Como por estar embebido en una venta rechazase a un pobre, al terminarla corrió a pedirle perdón y compensarle con largueza. Más tarde, ya en los primeros pasos de su vocación, se intensifica su amor a la pobreza y sueña con que sea su esposa, dama y señora. Cuando se entrega a Cristo contra la voluntad de Pedro Bernardone, le devuelve todas sus ropas y queda desnudo. Giotto inmortalizó esta escena en un cuadro en que aparece el Obispo de Asís cobijando la desnudez de Francisco bajo su capa pluvial. Una vez religioso, siente emulación por los más pobres. Fundada la Orden, recuerda la pobreza a sus frailes con aquellas palabras del Señor: «Las raposas tienen cuevas y las aves del Cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza».

El humilde siervo de Dios

Pero San Francisco no sólo quería ser pobre en los bienes materiales, sino también en espíritu. ¡Pobres de espíritu!, ¡bienaventurados, porque de ellos será el reino de los Cielos! Humildad es eso, el amor al empequeñecimiento propio. Ser pobre y ser pequeño son casi lo mismo, ha dicho el P. Hilarino de Lucerna, y el mismo cita la frase de Harnack de que «la humildad es la pobreza perfecta». «Por eso es que San Francisco —sigue el citado Padre— nombra siempre a la humildad a un mismo tiempo con la pobreza. A ambas saluda como hermanas: ¡Oh Señora santa Pobreza, exclama, el Señor te guarde con tu hermana la santa humildad!... La santa pobreza confunde a la avaricia, la codicia y los cuidados de este mundo. La santa humildad confunde a la soberbia y a todos los hombres de este mundo y a todo lo que hay en el mundo». Y exhortaba a los frailes a que sirvan al Señor en pobreza y humildad.

«Sin la humildad —se lee en la Florecillas— ninguna virtud es acepta a Dios». En el Evangelio, la misma limosna del fariseo no es grata a Dios porque no se da con humildad. Por el contrario, la humildad es la guarda y adorno de todas las virtudes. ¡Hacedos como pequeñuelos!..., dijo el Divino Maestro.

Pequeñuelo era y se llamaba San Francisco, el humilde siervo del Señor. Humilde en el hábito, más humilde en los sentidos, humildísimo en el concepto de sí propio o personal voluntad cuya renuncia preceptuaba en la Regla al decir que hay que vivir «sin propio». Y a tanto llegó su humildad, que su biógrafo Celano, fraile de los primeros, escribe: «Este favorito de Dios no se conocía ser el Superior, sino por esta hermosísima perla, pues había llegado a ser el mínimo entre los Menores. Sólo esta virtud, sólo este título, sólo este distintivo indicaba que era el Ministro General».

Toda la vida del Santo es un ejemplo de humildad que llegando a las almas abatía el orgullo con más éxito que las predicaciones. Elegiremos dos: Ser Ministro General de una Orden puede ser cargo envidiable; pues bien, el Poverello renunció en vida a él a favor de Fray Pedro Catanio, y aún hizo más, pidió que le nombrasen un Guardián a quien en todo momento tuviese que obedecer. ¡Qué le importaba a él el cargo si juzgaba que «cuanto es cada uno a los ojos de Dios tanto es y no más»!

Estando una vez San Francisco, en el principio de la Orden, con Fray León en un convento donde no había libros para rezar el Oficio divino, cuando llegó la hora de Maitines dijo San Francisco a Fray León: «Carísimo, no tenemos Breviario con que podamos decir los Maitines, pero a fin de que no pasemos el tiempo sin alabar a Dios, yo diré y tu responderás lo que te proponga, y cuida de que no sufran alteración las palabras de como yo te las enseñe». San Francisco había de reprocharse grandes males y pecados, y Fray León había de censurárselos y recordarle los castigos a que era acreedor. Mas cuantas veces tuvo que reprochar Fray León, prorrumpió en alabanzas de su compañero. De lo que San Francisco se maravilló mucho y dijo a Fray León: «Te ruego encarecidamente que por esta vez contestes como yo te diga». Fray León replicó: «Dí lo que te plazca en nombre de Dios, que yo te aseguro que esta vez responderé como tu quieras». San Francisco dijo: «¡Oh miserable Fray Francisco! ¿Crees tú que Dios tendrá misericordia de tí?». Fray León contestó: «Antes recibirás de Dios innumerables gracias, y serás ensalzado y glorificado en la eternidad, porque el que se humilla será ensalzado; y yo no puedo decir otra cosa porque Dios habla por mi boca».

Dos ramas del frondoso árbol de la humildad

Intimamente unidas y casi una misma cosa con la humildad son la obediencia y la simplicidad o sencillez de San Francisco y de sus discípulos. Metafóricamente podemos decir que en el Santo, la humildad, pobreza de espíritu, era como el tronco de un árbol del que brotaban a manera de frondosas ramas la obediencia y la sencillez.

Verdaderamente es sutil la diferencia entre obediencia y humildad. Quien quiere ser humilde tiene grandes deseos de obedecer; y en el ejemplo que antes he dicho de San Francisco cuando renuncia a ser Ministro General y pide le nombren un Guardián, vemos que se confunden humildad y obediencia.

El concepto que el Santo tenía de la obediencia era riguroso, se refería a todas las cosas «—siempre que no sean contra la conciencia y nuestra Regla—», a todo tiempo y a todas las circunstancias. Había además que prestarla con alegría y espontáneamente. Celano escribe como de San Francisco estas palabras: «Las obediencias obtenidas después de pedir las, son en realidad licencias; mas las dadas sin haberlas pedido, llámolas verdaderas sagradas obediencias y sólo éstas conducen a la santidad».

Hay ejemplos admirables de cómo inculcó este espíritu en la Orden Franciscana. Un día fray Gil preguntó a San Francisco que es lo que había de hacer; éste le contestó: «Haz lo que quieras y vete a donde quieras». Mas esta libertad desasosegó tanto a fray Gil que al cabo de 4 días dijo a su Padre: «Envíame a donde quieras porque con una obediencia tan libre mi alma no puede hallar reposo».

Este mismo fray Gil oyó las quejas de un Fraile que había visto interrumpida su hora de Oración por la orden del Guardián para que saliese a pedir limosna; él creía que era mejor orar que ir por limosna. Y fray Gil le dijo: «Hermano, tú no sabes aún lo que es orar; la verdadera oración es que el súbdito haga la voluntad del superior».

Pero esta voluntad del superior, al mismo tiempo, no era omnímoda, había de tener constantemente en cuenta a sus inferiores o súbditos y procurar servirlos. La obediencia de superiores e inferiores se había de aunar en la obediencia a Dios, para que de todas las renunciaciones de las propias voluntades se elevasen alabanzas al Señor.

La otra rama frondosa del árbol de la humildad es la sencillez.

Con frecuencia ambas palabras se emplean sinónimamente. El humilde se tiene en poco; vive como de prestado; considera que cuantas dotes tiene no son suyas sino que se las debe a Dios y que Este se las puede quitar en un momento; por eso no se vanagloria de ellas. El humilde intenta ser tenido por los demás en menos de lo que es, porque su excelsitud de espíritu le lleva a considerar lo que es Dios y, como consecuencia, él se tiene en poco; pero si no logra eso, por lo menos no quiere que se le tenga en más de lo que es. ¿Y qué entendemos por sencillez? La cualidad por la cual no se quiere aparecer distinto de lo que se es. San Francisco la llamaba hija de la gracia, hermana de la sabiduría, madre de la justicia, y ponía sumo empeño en obrar siempre con santa simplicidad. Una vez se empeñaron en que había de llevar bajo el hábito una piel de zorro que le protegiese de los fríos tan peligrosos para su estado de salud; pues bien, así contestó: «Si queréis que yo permita esta piel debajo del hábito, haced que me cosan al exterior un pedazo de la misma medida, para que indique a las gentes que dentro hay escondida una piel».

Castidad, Penitencia, Oración

Humilde, obediente, sencillo, ¡casto! Amó la castidad y la deseaba en todos sus frailes en la plenitud de la belleza y pureza. El pudo decir que a ninguna mujer conocería de cara fuera de dos. Rehuía la conversación con ellas, y de ordinario tenía la mirada fija en la tierra. Tuvo sí coloquios espirituales, como aquél con Santa Clara—cofundadora de la Orden franciscana de mujeres—en la humilde casita de la Porciúncula, manifestada a las gentes por un extraordinario resplandor. Profesó amor a Jacoba Settesoli, la mujer que por permisión de Dios asistió a su muerte. Pero sólo estos dos espirituales amores se dieron en su vida.

Se vió combatido por tentaciones pero las venció. El fuego, la nieve, la disciplina, le eran familiares. Contra la pujanza del cuerpo esgrimió el freno de las penitencias. La lectura de ellas edifica y llega al alma. Ayuna cuarenta días y al final de ellos, siempre humilde, come un trozo de pan para así no igualarse al Señor. Cuentan las Florecillas que fué incitado a pecar y eligió por lecho el rescoldo de unas brasas. Sufre el incendio de la pasión y lo apaga en la gelidez de las invernales aguas, Austeridad, penitencia, maceración... batalla al cuerpo hasta que logra ponerlo al total servicio del alma:

«Mi alma está sedienta de Tí, Señor; mi carne suspira por Tí». Tan sólo suavizó sus penitencias cuando en los últimos días de su vida le llamó la atención otro fraile invocándole la generosidad para con aquel cuerpo tan maltratado; sólo entonces pudo la caridad para con el hermano cuerpo.

Y a una con la penitencia, la oración. Su cuerpo no era más que débil capa de ceniza que ocultaba el rescoldo de aquel intenso amor para su Dios y Señor. Quemada la materialidad de sus deseos humanos, quedaba sólo la brasa viva de su amor a Dios a quien sediento quería ir como a la única fuente que podía calmar sus ansias. Tenía sed de Dios y al mismo tiempo quería acabar de abrasarse en su Amor. Buscaba la soledad de la choza hecha de ramajes en la espesura del monte para allí dedicarse a la oración: «Te ruego, Señor, que la fuerza abrasadora y melíflua de tu amor absorba mi mente de tal modo, que muera por amor de tu amor, ya que por amor de mi amor diste Tu vida». Y comenzaba su arrobamiento, en el transcurso del cual muchas veces se elevaba sobrenaturalmente del suelo; comenzaba aquella oración sin palabras, la contemplación, en la que no es preciso que los pensamientos se manifiesten, en que el Siervo tiene el honor sublime de que Dios se le muestre en inefable visión y se comuniqué con él haciéndole participe de sus designios. Francisco, ante aquella fuerza abrasadora, semejava a la cera y su carne parecía como que no tenía huesos, estaba todo en manos del Señor para que El le diese forma.

El consuelo de esas visiones fué frecuentísimo para el Poverello; conocía ese gozo en medio de su misma labor de apostolado; entonces se abstraía y vivía sólo para Dios, sin darse cuenta de las gentes que le rodeaban, aunque éstas movidas de su cariño al santo lo abrazasen y tirasen de sus vestiduras, como le ocurrió en aquel viaje a Borgo de San Sepulcro. Pero en donde la sublimidad rayó a alturas inmarcesibles fué en la aparición del monte Alvernia, en la bella Toscana.

Celebrábanse en el Castillo de Monte Feltro las fiestas en que sería armado Caballero un Conde. Como San Francisco pasase por allí y entendiese que era ocasión propicia para hacer bien a las almas, se puso a hablar sobre el dicho vulgar de «tanto es el bien que espero que en las penas me deleito», y lo hizo de forma tan inspirada, devota y profunda, que llegó al alma de muchos y particularmente a la del Caballero Orlando de Chiusi de Casentino que resolvió arreglar con él el negocio de su alma. Y después de ello, tan agradecido le quedó, que como prueba de afecto ofrecióle un monte devotísimo llamado Alvernia. Aceptado por el Santo, allá se

Con frecuencia ambas palabras se emplean sinónimamente. El humilde se tiene en poco; vive como de prestado; considera que cuantas dotes tiene no son suyas sino que se las debe a Dios y que Este se las puede quitar en un momento; por eso no se vanagloria de ellas. El humilde intenta ser tenido por los demás en menos de lo que es, porque su excelsitud de espíritu le lleva a considerar lo que es Dios y, como consecuencia, él se tiene en poco; pero si no logra eso, por lo menos no quiere que se le tenga en más de lo que es. ¿Y qué entendemos por sencillez? La cualidad por la cual no se quiere aparecer distinto de lo que se es. San Francisco la llamaba hija de la gracia, hermana de la sabiduría, madre de la justicia, y ponía sumo empeño en obrar siempre con santa simplicidad. Una vez se empeñaron en que había de llevar bajo el hábito una piel de zorro que le protegiese de los fríos tan peligrosos para su estado de salud; pues bien, así contestó: «Si queréis que yo permita esta piel debajo del hábito, haced que me cosan al exterior un pedazo de la misma medida, para que indique a las gentes que dentro hay escondida una piel».

Castidad, Penitencia, Oración

Humilde, obediente, sencillo, ¡casto! Amó la castidad y la deseaba en todos sus frailes en la plenitud de la belleza y pureza. El pudo decir que a ninguna mujer conocería de cara fuera de dos. Rehuía la conversación con ellas, y de ordinario tenía la mirada fija en la tierra. Tuvo sí coloquios espirituales, como aquél con Santa Clara—cofundadora de la Orden franciscana de mujeres—en la humilde casita de la Porciúncula, manifestada a las gentes por un extraordinario resplandor. Profesó amor a Jacoba Settesoli, la mujer que por permisión de Dios asistió a su muerte. Pero sólo estos dos espirituales amores se dieron en su vida.

Se vió combatido por tentaciones pero las venció. El fuego, la nieve, la disciplina, le eran familiares. Contra la pujanza del cuerpo esgrimió el freno de las penitencias. La lectura de ellas edifica y llega al alma. Ayuna cuarenta días y al final de ellos, siempre humilde, come un trozo de pan para así no igualarse al Señor. Cuentan las Florecillas que fué incitado a pecar y eligió por lecho el rescoldo de unas brasas. Sufre el incendio de la pasión y lo apaga en la gelidez de las invernales aguas, Austeridad, penitencia, maceración..., batalla al cuerpo hasta que logra ponerlo al total servicio del alma:

«Mi alma está sedienta de Tí, Señor; mi carne suspira por Tí». Tan sólo suavizó sus penitencias cuando en los últimos días de su vida le llamó la atención otro fraile invocándole la generosidad para con aquel cuerpo tan maltratado; sólo entonces pudo la caridad para con el hermano cuerpo.

Y a una con la penitencia, la oración. Su cuerpo no era más que débil capa de ceniza que ocultaba el rescoldo de aquel intenso amor para su Dios y Señor. Quemada la materialidad de sus deseos humanos, quedaba sólo la brasa viva de su amor a Dios a quien sediento quería ir como a la única fuente que podía calmar sus ansias. Tenía sed de Dios y al mismo tiempo quería acabar de abrasarse en su Amor. Buscaba la soledad de la choza hecha de ramajes en la espesura del monte para allí dedicarse a la oración: «Te ruego, Señor, que la fuerza abrasadora y meliflua de tu amor absorba mi mente de tal modo, que muera por amor de tu amor, ya que por amor de mi amor diste Tu vida». Y comenzaba su arrobamiento, en el transcurso del cual muchas veces se elevaba sobrenaturalmente del suelo; comenzaba aquella oración sin palabras, la contemplación, en la que no es preciso que los pensamientos se manifiesten, en que el Siervo tiene el honor sublime de que Dios se le muestre en inefable visión y se comuniqué con él haciéndole participe de sus designios. Francisco, ante aquella fuerza abrasadora, semejaba a la cera y su carne parecía como que no tenía huesos, estaba todo en manos del Señor para que El le diese forma.

El consuelo de esas visiones fué frecuentísimo para el Poverello; conocía ese gozo en medio de su misma labor de apostolado; entonces se abstraía y vivía sólo para Dios, sin darse cuenta de las gentes que le rodeaban, aunque éstas movidas de su cariño al santo lo abrazasen y tirasen de sus vestiduras, como le ocurrió en aquel viaje a Borgo de San Sepulcro. Pero en donde la sublimidad rayó a alturas inmarcesibles fué en la aparición del monte Alvernia, en la bella Toscana.

Celebrábanse en el Castillo de Monte Feltro las fiestas en que sería armado Caballero un Conde. Como San Francisco pasase por allí y entendiese que era ocasión propicia para hacer bien a las almas, se puso a hablar sobre el dicho vulgar de «tanto es el bien que espero que en las penas me deleito», y lo hizo de forma tan inspirada, devota y profunda, que llegó al alma de muchos y particularmente a la del Caballero Orlando de Chiusi de Casentino que resolvió arreglar con él el negocio de su alma. Y después de ello, tan agradecido le quedó, que como prueba de afecto ofrecióle un monte devotísimo llamado Alvernia. Aceptado por el Santo, allá se

trasladó a pasar la cuaresma de San Miguel Arcángel en compañía de Fray Maseo de Marignano, Fray Angel Tancredo de Asís y del sencillo e inocente Fray León. Pero aun en el mismo monte retiróse el Santo al lugar más abrupto y solitario; allí, en humildísima choza y sin más compañía que la de un halcón, quería dedicarse a la oración y penitencia aislado de los hombres, sólo Fray León se acercaría de vez en cuando para velar por su Padre pero sin interrumpirle si Francisco no contestaba a la salutación. Todavía estaba el Santo en la tierra, pero ¡qué cerca del Cielo! en medio de sus coloquios con Dios... ¡Señor mío Jesucristo!, si quisieras concederme dos gracias antes de morirte: La primera, que sienta yo en mi cuerpo y en mi alma, en cuanto sea posible, el dolor que Tú, dulcísimo Jesús, sufriste en tu acerbísima pasión; la segunda, que sienta yo en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor que a Tí, Hijo de Dios, te llevó a sufrir voluntariamente tantos tormentos por nosotros pecadores. Y Dios se las concede en el día de la Cruz, en que el Siervo Francisco, humilde, pobre, casto, obediente, sencillo, siente en su cuerpo el dolor y el amor de la Pasión.

Amor, amor inmenso

Oración, porque sin ella es imposible la predicación. ¿Cómo calentar a las almas si no se siente calor? Por eso San Francisco acudía a la llama de Amor viva para incendiar su espíritu y luego iba a las almas; buscándolas recorría los valles y los bosques, las casas, las iglesias, las plazas, y en donde quiera encontraba un sitio para la predicación; quería abarcarlo todo por amor de Dios: Creó una Orden para los hombres que deseaban salvar su alma haciendo profesión de vida religiosa, la Franciscana; fundó una segunda para mujeres y la puso bajo la dirección de Santa Clara; pero no contento todavía, quiso recoger a todos sus hermanos, al menestral, al noble, al villano, que vivían en el mundo y ayudarles a santificarse, y surgió entonces la Orden Tercera como una prueba más de amor. Terciarios fueron: San Luis, Rey de Francia, Caudillo de las Cruzadas; su primo Fernando, el Rey Santo de Castilla que ganó tierras de infieles al galope de su caballo en cuya silla llevaba la imagen de Santa María; Santa Isabel de Hungría, que a imitación de San Francisco curaba las purulentas llagas de los leprosos. Terciario fué el Dante, rey de los versos, amortajado con el hábito

franciscano. Y así tantísimos, en el Gobierno, en la Literatura, en las Artes, en la vida corriente tantas veces heroica.

Pero el amor de Francisco incendió también a las naciones y les dió nueva vida. «El amor franciscano —dijo Mella— es un injerto sobrenatural en el alma española. Por eso desde San Francisco parece que se multiplican todas las energías de nuestra raza y por eso todas las grandes empresas llevan el sello franciscano».

Cuando las ideas de Colón se tenían por alucinaciones y a él por loco, fué escuchado por los franciscanos de la Rábida. Cuando se descubrió América y los tripulantes de las frágiles carabelas pusieron pie en la nueva tierra, allí estaban los franciscanos por amor de Cristo dispuestos a evangelizar las almas. En Marruecos, franciscano fué y es el apostolado. Cisneros fué franciscano y fundación suya la Universidad de Alcalá. Franciscano navarro era Fray Diego de Estella, manejador irreprochable de la lengua castellana en sus «meditaciones devotísimas del amor de Dios». Franciscano navarro era aquel gran caballero Tiburcio de Redín, que cansado de glorias militares siguió el camino de San Francisco para salvar su alma.

El amor, la penitencia y la figura de San Francisco dan motivo pictórico al Greco, a Zurbarán, a Murillo, y sirven de modelo a la escultura de Cano y Montañés.

Pero es que, además, San Francisco extendía su amor a los irracionales: amansa al lobo de Eugubio que asolaba a las gentes y llega a un acuerdo con él; predica a los pajarillos, y las golondrinas se están quietas por mandato suyo; vende su túnica o capa para librar de la muerte al lebratillo y, luego, lo encomienda al rústico para que lo cuide.

Pero con los animales no se acaba el mundo y Francisco ama a todo lo creado porque en lo más insignificante ve la mano de Dios y la maravilla de su creación y poder. Su amor alcanza a toda la Naturaleza; quiere loar al Señor por todas sus criaturas y es entonces cuando compone el maravilloso Himno al Sol en que llama hermanos a la luna y estrellas —«preciosas y claras»—, al viento «nublado y sereno», al agua —«preciosa y casta»—, al fuego —«hermoso y alegre»—, y manda a sus frailes que lo canten por el mundo con aquella alegría con que él lo entonaba.

San Francisco amó a Dios sobre todas las cosas y a todas las cosas por Dios, y su gran deseo y el motivo de toda su vida, fué llegar a las almas para luego llevarlas a Dios. Los Dominicos señalaron cinco vías o caminos para llegar a Dios; San Francisco mar-

có bto —que por todas partes se va a Roma—, el del amor, el de la sencillez. Vino a recorrer el camino de Cristo, por nosotros, y lo consiguió hasta el fin, hasta el nuevo Gólgota del Alvernia en donde por amor sufrió la Pasión Augusta del Señor. Vino para llegar a las almas hermanas por el camino del Evangelio, desbrozándolo de las malas hierbas de indiferencia y pasión que lo venían obstruyendo. Vino para con su vida recordar al fiel que vivía como infiel, su deuda para con Dios y el amor que le debe. Así, cuando moría pudo decir a sus frailecicos: «Yo cumplí cuanto me estaba confiado; Cristo os enseñe lo que debéis hacer vosotros».



ESTOS SON LOS DISCURSOS.
EN ALABANZA DE JESUCRISTO
Y DEL POBRECILLO FRANCISCO.

A M É N .

